







[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

*Aventura en el Amazonas*

© Del texto: 2003, Francisco Leal Quevedo  
© De las ilustraciones: 2003, Daniel Rabanal  
© De esta edición:  
2015, Distribuidora y Editora Richmond S.A.  
Carrera 11 A # 98-50, oficina 501  
Teléfono (571) 7057777  
Bogotá – Colombia  
[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

- Ediciones Santillana S.A.  
Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires
- Editorial Santillana, S.A. de C.V.  
Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,  
Delegación Benito Juárez, CP 03240,  
Distrito Federal, México.
- Santillana Infantil y Juvenil, S.L.  
Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-743-482-8  
Impreso en Colombia  
Impreso por Editorial Delfin Ltda

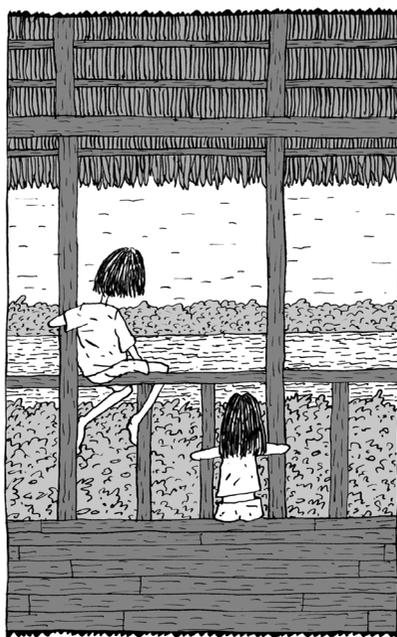
Primera edición en Alfaguara Infantil Colombia: septiembre de 2003  
Primera edición en Loqueleo Colombia: octubre de 2015

Dirección de Arte:  
José Crespo y Rosa Marín  
Proyecto gráfico:  
Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

# Aventura en el Amazonas

Francisco Leal Quevedo



loqueleg



*A Amalia y Santiago, para conservar  
por siempre nuestro amor por el Amazonas*



## El tapirí



Empezaba el día en el Amazonas. Nos habíamos levantado muy temprano. 9

—El viaje es largo y tendremos que llegar a armar la casa —había dicho mi padre para apresurarnos.

Pronto estuvimos listos, pues habíamos adelantado trabajo la noche anterior. Pero a mí aún me faltaba un detalle.

—Nashi, date prisa, siempre eres el último —dijo mi madre.

—Necesito tu ayuda, no puedo cerrar mi maleta.

Ella sacó toda la ropa y con paciencia la dobló mejor para que ocupara menos espacio, pero fue inútil. Luego se sentó encima pero tampoco

co pudo amarrar las correas que la apretaban, al fin se dio por vencida.

—No es posible, prepara otra, pero que sea pequeña.

10 Allí no cabía nada más, entonces alisté mi pequeño morral de fibra de palma, puse dentro lo más importante, los tres pantalones, las cuatro camisetitas nuevas, la gorra, los tenis y mi balón de fútbol.

El viaje desde el comienzo era una gran aventura. Nos íbamos a vivir a una isla en el mismo Amazonas. Abandonábamos la casa de la orilla del río, que me gustaba poco. Pero a la vez me causaba cierta tristeza partir. Los vecinos aceptaron guardarnos los muebles por aquellos seis meses de ausencia. La casa vacía era como el cascarón de un huevo, las palabras resonaban en aquel espacio hueco.

Mis padres decían que aquella tierra adonde íbamos era de todos, no tenía dueño, que en realidad era del río que cada año la remodelaba, la vestía de verde y después la inundaba, volvién-

dola aún más fértil por un tiempo, para luego mojarla otra vez, sumergirla y ponerle otro nuevo vestido verde.

Nos íbamos a vivir allí con otras cinco familias, algunas personas eran parientes nuestros, otras eran amigas o conocidas y solo unas pocas eran apenas amigas de los amigos. Sembraríamos arroz por una cosecha. Trabajaríamos en comunidad, todos para uno, uno para todos. Al final repartiríamos las ganancias por igual, entre las diferentes familias.

11

En la canoa grande hicimos el trasteo. Iba llena y pesada, pero no importaba pues seguiríamos hacia abajo la corriente del río. Era el mes de junio. Allí en esa época la vida es una fiesta. El río que siempre es inmenso, había llegado en abril a su nivel más alto y luego había ido descendiendo, por eso ahora aparecían miles de islas en el medio. Las orillas tenían una vegetación muy abundante. Los pájaros armaban un gran alboroto, volaban en grandes grupos. Los pescadores aprovechaban para buscar alimento, pues muchos

peces quedaban prisioneros en las aguas bajas. Las canoas venían llenas de gente de los campos que acudían al pueblo a comprar provisiones.

12 Unas tres horas más tarde llegamos a la isla. Los troncos de un viejo muelle nos permitieron acercar la embarcación a la orilla y asegurarla para desembarcar. Había una caseta de madera en ruinas que habían dejado sus anteriores habitantes, uno o dos años antes. Allí pusimos nuestro trasteo.

Sería mediodía. Luego unos señores en una balsa inmensa fueron visitando cada isla y le daban a cada familia la madera suficiente para edificar una casa nueva. Nos reunimos todos, unas treinta personas, y comenzamos a construir rápidamente la primera vivienda.

Los niños aprovechamos el cansancio de los mayores, jugamos hasta muy tarde, paramos cuando ya el sol dejó de reflejarse en el río y no podíamos mover las piernas. De pronto nuestra madre nos llamó:

—Nashi, Mayam, es hora de cenar y de irse a la cama.

Aquella noche ya dormimos en la primera casa que entre todos habíamos construido, aunque aún faltaba el techo de palma.

Los días siguientes la pequeña colonia, como una familia de hormigas, trabajamos en una misma casa. Unos pocos se dedicaban a pescar y a recoger plátanos y las mujeres preparaban el almuerzo en fogones de piedras, en la arena.

13

Aprendí que trabajar en equipo, o en minga, como le decimos, es muy divertido. Ninguna familia tenía asignada de antemano su casa, cuando estuvieran todas listas se escogería a la suerte. Así todos trabajarían en cada vivienda como si fuera a ser la suya, haciendo su mejor esfuerzo.

Entonces descubrí mi habilidad para trenzar la palma que cubriría el techo sin dejar pasar ni una gota de agua en cualquier torrencial aguacero. El tejido tenía que ser perfecto porque en el Amazonas llueve todo el tiempo. Al final de la primera semana, cuando estuvieron todas listas, se

escogieron a suerte las casas. En ese momento Mayam nos dijo:

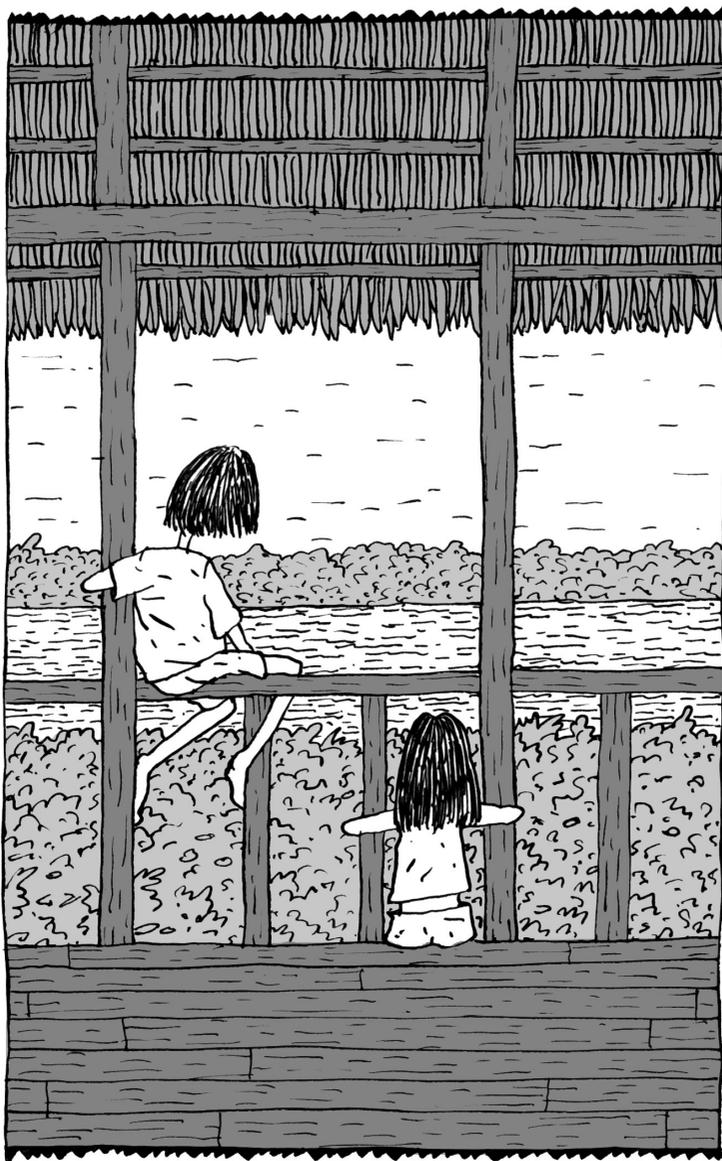
—Yo tengo buena suerte, sacaré la balota de nuestra familia.

14 En secreto nos habíamos confesado que queríamos la casa más cercana a la orilla, pues tenía una vista maravillosa. En medio de nuestro alboroto, metió la mano en la bolsa.

—Es nuestra, gritó.

Miré la casa y me pareció muy bella. El agua había descendido un poco más y dejaba frente a nuestra puerta una playa pequeña. Me divertía sentarme sobre la baranda en la tarde, para ver como el sol se ocultaba sobre la selva. Con Mayam nos encargamos de pintar las puertas y ventanas, nos divertía tanto hacerlo que no sentimos pasar el tiempo. Los dos escogimos los colores y luego le pedimos la opinión a nuestra madre. Ella, como casi siempre, estuvo de acuerdo.

—¿De dónde habrán salido estos pequeños artistas?



La vivienda estaba sostenida por muchos pilotes de madera, a un poco más de un metro sobre la superficie de la isla.

—El río bajará un poco los primeros meses pero luego irá subiendo de nivel y necesitamos estar a salvo de una creciente, me explicó mi madre.

16 También nos contó que esas construcciones que habíamos hecho se llaman tapirís, en lengua tupí-guaraní, que eran casas provisionales y nos protegerían mientras estuviéramos allí sembrando y recogiendo la cosecha.

En aquella época cumplimos mi hermana y yo seis años, toda la colonia se reunió para la fiesta. Un tiempo antes mi padre me había dicho:

—Pronto tendrás tu propia canoa, vas a aprender a hacerla.

Lo acompañé a escoger un buen tronco, para eso tuvimos que ir a tierra firme pues la corriente del río tumba siempre los árboles de las islas pequeñas. Lo trajimos cerca de la casa, le abrimos un primer surco en el centro con una hachuela y en ese sitio hicimos fuego. Retiramos la made-

ra quemada y fuimos colocando en el hueco unas varas que iban separando las dos paredes laterales del tronco. Luego trabajamos mucho la quilla para que sus formas fueran esbeltas.

—Tendrá que acariciar el agua, no pelear con ella —me dijo mi padre.

Nos tomó cerca de tres meses tenerla lista, era un trabajo que tenía que quedar perfecto pues sería mi canoa por muchos años. Ese día finalmente la echamos al río y la inauguré dando un largo recorrido, a fuerza de remar. Me sentí libre y lleno de deseos de aventura.

Desde entonces se me permitió salir libremente en ella, pues un niño indígena puede hacerlo desde esa edad y aunque yo lo era apenas a la mitad, mi padre estaba de acuerdo. Mi madre era aborigen pero mi padre no, y teníamos una curiosa mezcla de costumbres que a mí me parecía divertida. Nos vestíamos como los blancos, pescábamos como los nativos, comíamos con cubiertos, dormíamos en hamacas y lo más importante: cuidábamos la naturaleza como a una madre, como deben hacerlo los indígenas.

Nadie diría en aquella plantación: esta es mi parcela; todos estábamos pendientes de todo. Las plantas de arroz aparecieron sobre el agua, como una malla de cabecitas verdes que crecieron pronto, en pocos días nadaban en esa especie de lodo inundado y pronto formaron una alfombra.

18 No sembramos la porción de la isla que se enfrentaba directamente a la corriente del río.

—El agua va a erosionar la tierra que encuentre a su paso, se la va a comer en estos meses y la parte desprendida buscará colocarse en la cola, así las islas en el Amazonas también se van moviendo. Cuando yo era niño, recuerdo que esta isla empezaba un kilómetro más arriba —me contó una vez mi padre.

Allí no había escuela y teníamos mucho tiempo libre para jugar al fútbol, para pescar, para trabajar la palma y hacer pequeñas esculturas en madera. Nuestra madre era la maestra de los doce niños de la plantación, nos enseñaba a leer, algo de aritmética y un poco de ciencias naturales. También en aquella época hice grandes amigos

para iniciar aventuras y correr riesgos. El peor de todos fue el día que por dárme las de valiente aposté todos mis ahorros a que estaría sobre un tronco flotante sin dejarme caer al río durante más tiempo que cualquier otro.

Tres contrincantes aceptaron la apuesta. Nos montamos a horcajadas sobre unos árboles enormes que bajaban. Cuando los cuatro estuvimos listos, una señal nos ordenó ponernos de pie sobre el tronco. El primero cayó pronto. Al cabo de tres minutos sobrevivíamos dos. La lucha con el último fue difícil. Cuando cayó me di cuenta que no había calculado que iba a alejarme demasiado de la isla. La corriente iba más rápido de lo esperado. La última playa había quedado atrás. Pero no podía perder. Tuve que saltar al agua y nadar muy fuerte para llegar a duras penas a la última cola de nuestra isla. Bueno, creo que en ese momento aprendí a respetar el río.

Me alegró mi triunfo, es cierto. Pero sentí que había sido una gran imprudencia y temí algún castigo de mis padres. Mayam aceptó guardar el

secreto de aquel peligro. En agradecimiento, nunca me lo pidió, le encargué a mi padre que le comprara, con parte del dinero de la apuesta, una muñeca nueva. Él me miró asombrado ante aquella generosidad poco común en mí, pero vi en sus ojos que estaba de acuerdo. Y mi hermana se sorprendió al recibirla.

20 Mis padres estaban casi todo el tiempo, desde muy temprano, ocupados en los cultivos, se les veía alegres. A veces, en las noches, nos sentábamos todos en círculo alrededor de una fogata y cantábamos, bailábamos y oíamos divertidas historias.

Llegaba octubre, el río empezaba a subir, ya tapaba completamente los pilotes y el agua casi llegaba a nuestra puerta. El grupo había recogido la cosecha y luego la había vendido a los hombres del barco, del mismo barco que cuando llegamos nos había regalado la madera.

Vi felices a mis padres, como no recordaba haberlos visto en la casa de la orilla, hablaban de irse a vivir al pueblo, a montar allí un pequeño

negocio con el dinero de la venta del arroz, o de pronto comprarían una gran canoa con motor para transportar mercancías y personas por el río.

Días más tarde recibí la noticia. Nos íbamos, abandonábamos el tapirí. Sentí tristeza, en realidad no recuerdo otro momento más amargo en aquella época, allí había vivido mil experiencias maravillosas, habían sido los seis meses más felices de mi vida. Todos alistaban sus maletas, yo no quería hacer la mía. Mi madre me vio escondido en ese rincón. Entonces se acercó y me dijo:

—La vida es siempre un tapirí, una casita temporal. Estamos de paso, no echamos raíces como los árboles pues no podríamos perseguir nuestros sueños. Además, si nos quedáramos quietos conoceríamos pocas personas maravillosas y dejaríamos de ver muchos paisajes hermosos. En otro lugar construiremos uno, luego otro y luego muchos más tapirís. Será divertida la vida con otras personas, en otros lugares y otras islas.

Mi padre me explicó a su vez que la isla, en pocos días, iba a quedar sumergida por el río y solo volvería a salir a flote seis meses más tarde.

—Aunque quisiéramos quedarnos no sería posible. El agua del río ya tapa los pilotes, en un mes llegará a las ventanas y luego la cubrirá toda. La casita la llevarás para siempre en tu recuerdo, así podrás disfrutarla otra vez, mil veces más en tu memoria.

22 Me fui serenando y recogí mis cosas. Sin embargo, estaba triste cuando subí a la embarcación. Al principio de la travesía no podía apartar mi vista de la isla que quedaba atrás, en algún recodo del río. Pronto se convirtió en una pequeña mancha de color verde oscuro, en la lejanía. Pero en mi memoria siempre estará pintada de un verde nuevo.

Luego dejé de mirar hacia atrás y me fijé en el horizonte y pensé que se abría otra puerta hacia un mundo de aventuras y descubrimientos.